

# La rebelión

POR RODOLFO DE GRACIA

**E**l bullicio despertó a León Guerra, un afamado escritor de la ciudad de Naya.

Cuando se asomó por la persiana que lo resguardaba de la claridad del día, se dio cuenta de que ya la mañana estaba bastante avanzada.

Estiró sus brazos lo más que pudo y se contorsionó hasta el desestresamiento total. Su mirada fue a dar al manojito de papeles en los que la noche anterior había estado esbozando ideas sobre su próxima novela.

Pero nuevamente la algarabía exterior lo distrajo.

Se levantó apresurado y, vestido de medio cuerpo, fue a dar a la calle para tratar de enterarse de lo que sucedía.

A primera vista lo que apreció fue una especie de concentración, pero se percató de que ninguna de las personas que estaban allí eran familiares. Las miró una y otra vez y no lograba entender lo que ellos coreaban como consigna condenatoria.

¡Abajo el demiurgo!, vociferaban iracundos mientras, al estilo de las más enconadas manifestaciones políticas, los manifestantes agitaban sus puños al aire y ejercían el demo-

crático “yo acuso”, señalando con rabia hacia donde estaba León.

Hombre instruido al fin, supo que “demiurgo” era el dios creador.

No se percató cómo ni cuándo –luego sabría de sobra el porqué– se vio en medio de un mundo que le parecía falso y, paradójicamente, verosímil.

“Por sus personajes los conoceréis”, escuchó una vez decir a un respetable crítico cuando se refería a la calidad de los escritores que siempre iba pareja con la grandeza, singularidad y carácter de sus personajes, más que de su técnica.

Una mujer venida a menos, desdentada, y aparentemente infeliz, reducida al rincón de una casa, sometida al rigor del esposo y conforme con las migajas que la vida le había dado, estaba allí, frente a frente con León Guerra, para reclamarle su falta de veracidad, su subjetivismo, su falsa y caprichosa versión de las cosas.

Los cartelones de repudio y desagravio que portaban los manifestantes fueron el indicio clave para que el creador de mundos supiera finalmente de lo que se trataba.



Esa mujer, que respondía al nombre de Martina, decía sentirse distorsionada y envilecida hasta en la sumisa mirada que el escritor le pintó. “Era una mujer resignada que no sabía sino regodearse en su mediocridad”, había escrito en su primera novela este hombre, al que ahora los personajes le reclamaban el haberlos desfigurado frente a sus lectores y el haberlos exhibido como muestra del antiheroísmo y la pusilanimidad con que se estigmatiza a muchos personajes.

Casi doblada sobre su vientre, la mujer encaró a su creador (deformador le llamaba ella en realidad). Lo miró con odio a la cara y le espetó su verdad, la versión que los lectores nunca conocerían, porque a los personajes no les es dado escribir ni defenderse. “Soy ésta, la verdadera Martina que tú nunca quisiste mostrar”, reclamaba la mujer exhibiendo la fotografía de una dama esbelta, de mirada llena de vida, de un rictus de felicidad indisoluble. “Esa era la verdadera yo, la que tú cambiaste a tu antojo y dejaste morir en el frío y abandonado rincón de la soledad; la que tú mataste a golpes propinados por el marido, cuando en realidad nunca me casé, y en cambio conocí la fama y viví a plenitud

mi vida como diseñadora. Pero así no te servía –miserable–, tenías que someterme a esa horrible metamorfosis que todos suelen experimentar y me hiciste pusilánime, digna de lástima, sin vuelo, sin ideas”.

Pronto León se dio cuenta de que estos personajes no eran reales, que existían en su mente, porque los había creado y nada más, y pensó que lo más probable es que se tratara de uno de sus muchos sueños, en los que aparecía la materia prima de sus creaciones.

Pero luego vino la recriminación de un hombre castrado en su niñez, que igualmente, con acrimonia, y con fotografía en mano, le reclamó que hubiera tergiversado la verdad de los hechos y que lo hubiera condenado a una vida sin placer sexual, donde ni siquiera el onanismo podía significar una salida dignificante y hedónica.

“Aquella mañana, cuando ocurrieron los hechos, leíste en el periódico la versión correcta de los sucesos. Un perro de calle, no un danés, como luego dirías, se abalanzó sobre mí y me mordió los genitales. Apenas logró rasguñarme y causarme un gran susto. La cabeza se te llenó de imaginación, y de un plumazo me emascuaste y me hiciste el hombre más acomplejado

de la tierra, incapaz de querer enamorar a ninguna muchacha, ni siquiera a la Teresita de la que me hiciste enamorarme perdidamente. No solamente me castraste físicamente, sino que, además, me dejaste solo en este mundo, sin descendencia ninguna; me tornaste irresponsable, resentido con el mundo, maricón hasta el tuétano, y cuando te aburríste de contar las cosas que desencadenó tu terrible voz de oráculo, me mataste en una irracional carrera de velocidad por las peligrosas curvas de Pasamayo”.

Atónito, León escuchaba las palabras de este hombre que, melancólico, exhibía la foto familiar con su esposa y tres hijos, al tiempo que se arrancaba del alma este amargo reclamo, necesario por tan negro destino al que había sido confinado.

“Peores hombres que yo hubo en la historia a los que pudiste haber asignado este destino gris que me diste. Quizás a algún fornicador, a un violador, a un onanista, obsesionado paji-zo ¡qué carajo sé yo!”.

Cada uno de los protestantes fue reclamando de manera más airada cada vez, de modo que los ánimos se fueron caldeando, y el bullicio se fue tornando en una sinfonía de voces que atormentaban a este hombre cuyas creaciones le reclamaban el daño que él les había ocasionado.

Pronto León se vio perseguido por sus personajes, de los que trataba de escapar por interminables laberintos en cuyas paredes aparecían escritas las historias que el asustado hombre había escrito en repentinos y frecuentes raptos de inspiración.

Empapado en un sudor frío que le congelaba los huesos, agotado y exhausto, pronto se vio acorralado por los múltiples personajes que, descontentos con su destino, le exigían de alguna manera un desagravio.

Los castrados serían ahora donjuanes ple-tóricos de vida sexual, las sometidas serían mujeres dominantes y felices, los niños abor-

tados llegarían a ser longevos sanos, las putas serían ahora religiosas y, como contrapartida, las religiosas serían putas; los oráculos se equivocarían y no se cumplirían, los amores imposibles serían matrimonios duraderos, los ladrones se enmendarían ocupándose en el honorable oficio de diputados y los dipu-tados, tan rectos como inmaculados, serían ladrones.

El escritor abrió sus enormes ojos verdes hasta donde no pudo más, irremediamente sitiado por sus iracundos personajes que, sedientos de venganza y de justicia, le extendían una pluma con la cual resarcir la infamia cometida para que se allegara a las paredes que, cual muro de los lamentos, esperaban al contrito inventor de tramas.

Estaban los querellantes casi seguros de que de un plumazo el escritor se vería obligado a cambiar el destino señalado, y casi convencido estaba también León de que tendría que hacerlo, cuando, repentinamente, el que lo escribía a él y al grupo de descontentos quiso (también de un plumazo) que la historia llegara a su fin. Y entonces, Rogelio Morales, después de estar largamente meditando sobre un cuentecito tonto que se le había venido a la imaginación, en el que un escritor atormentado por la rebelión de sus personajes estaba al borde de la locura, quiso desconectar a León del mundo y sus problemas acabaron (quizás para siempre). Dejó la imaginería a un lado, y ya en plan serio, se zambulló al mar (de donde diariamente sacaba unos enormes centollos). Dejó de pensar en esas simplezas de que él algún día podría ser un gran escritor.

---

RODOLFO DE GRACIA: (Panamá 1969). Profesor de Español, Académico de la Lengua y crítico literario. Libros: *Poesía e ideosincrancia en seis escritores panameños* (2000); *El rumbo de nuestras palabras* (2006); *Me basta una sola vida* (2007); *Poesía, narrativa y reflexión* (2007).